

PAULA HOYOS

DORMIR FUERA DE CASA

EDITORIAL CANDAYA

I

CUANDO LLUEVE EN ROMA

Todos parecen cansados. Giran las turbinas igual que molinillos de feria. Roma, aeropuerto de Fiumicino. Ha dejado de llover. El personal de vuelo camina por el pasillo del avión. Los pasajeros se equivocan con los números de las filas, las letras de los asientos; y, avergonzados, se disculpan al reconocer su error. Revisan el móvil.

La azafata sostiene en las manos un cinturón gris. Los pasajeros la miran, la escuchan a medias, pero no sabrán qué hacer en el improbable caso de que el avión aterrice en el agua. Guillem sí le está prestando atención; se ha fijado en ella porque es una mujer guapa. Calcula que tiene veintilargos, quizá llegue a los treinta. Observa sus manos: las uñas pintadas de un rojo brillante. La nariz es grande y los dientes están inclinados hacia el exterior. Aparta la vista de la azafata para consultar el reloj. El partido empieza a las nueve, el vuelo llega a Barcelona a las ocho y media y un taxi tarda veinte minutos en llegar hasta su casa. Si todo va bien, llega. Se coloca los auriculares y suena Sigur Rós. Piensa en la cena, su madre le ha dejado un táper de albóndigas. Lo suele hacer: visita su apartamento cuando él está en la oficina, le recoge la ropa, plancha y le deja algún táper en la nevera: recetas que «al niño» le gustan. Tiene treinta y cinco años, pero para su madre sigue siendo «el niño». Llega a tiempo para el partido y tiene la cena hecha. Solo tendrá que poner un cazo a fuego lento hasta que la

carne se caliente, servir las albóndigas en un plato llano y saborearlas con la vista fija en el partido.

En el asiento de su derecha está sentada una mujer: se llama Inés. En quince días cumplirá sesenta; y, aunque la edad no le asusta, el número la impresiona. Sus rizos canos se aplastan contra el reposacabezas. Viaja a Barcelona para vender la casa de la que huyó. De la venta sabe poco. Los compradores son una pareja holandesa que acaba de tener su segundo hijo. «No quiero saber nada de esa casa», ha dicho; sin embargo, ahora no puede dejar de pensar en ella. Es consciente de lo que representa: hay una parte de sí misma encerrada dentro que se perderá definitivamente con la venta.

Inés y Guillem están sentados en la segunda fila; han pagado un coste extra por el asiento. Están a pocos centímetros el uno del otro. Se han visto un momento, cuando él se ha levantado para dejarla pasar, pero ninguno recuerda los rasgos del otro. Podrían dar una descripción breve, pero no acertarían en los detalles. Por ejemplo, Guillem tiene el pelo muy fino y los ojos verdes. Lleva vaqueros, una camiseta gris y unas zapatillas deportivas negras. En la muñeca izquierda, el reloj; la pantalla se ilumina al recibir un mensaje de Marion. Inés lleva una chaqueta verde de punto que, en lugar de botones, tiene dos cintas en los extremos que se atan con una lazada. Si Guillem se fijase en la boca de su vecina de vuelo, se daría cuenta de que lleva ortodoncia: unas fundas que renueva cada quince días. Ninguno de los dos recuerda la cara de la persona que tiene al lado, pero perciben su compañía.

Desde la fila quince, en un asiento asignado aleatoriamente por la compañía, Lalia observa a la azafata ajustarse la mascarilla y explicar cómo utilizarla en caso de una pérdida de presión en la cabina. Es atractiva y está muy maquillada. Lalia se arrepiente de no haberse maquillado. Era uno de sus propósitos de Año Nuevo: maquillarse cada día. Si no cambia en lo pequeño, ¿cómo va a cambiar en lo grande? Después, afloja los cordones y se quita las zapatillas. Los calcetines están húmedos. Esconde los pies bajo el asiento y vuelve a repasar a la asistente: es «estupenda». ¿Quién utiliza la palabra «estupenda»? Se propone dejar de usar ese tipo de adjetivos —palabras como fabuloso, estupendo o maravilloso—, ni siquiera cuando habla para sí misma. A veces no se soporta.

Saca los auriculares del bolso y desenreda los cables. Tiene unas manos bonitas, se lo han dicho tantas veces que se ha convencido de ello. En la mano derecha lleva dos anillos de plástico: uno blanco con detalles metálicos y otro, más pequeño y de color ámbar, en el anular. Despliega la mesita y coloca el móvil sobre ella. Para el vuelo se ha descargado *Sick of Myself*, una película noruega que Cleo le ha recomendado. Lalia y Cleo solían ir juntas al cine. A la vuelta compartían sus impresiones. El paseo de regreso era —casi siempre— mejor que la película. Ahora Cleo vive lejos y Lalia va al cine sola.

La azafata le pide que cierre la bandeja. Lalia sostiene el móvil con la mano derecha, pero se cansa y lo deja sobre las piernas. Luego vuelve a bajar la bandeja y pulsa *play*. Ya la cerrará, si eso, cuando el avión despegue. Echa un vistazo a su compañero de fila por si ha hecho un gesto de desaprobación, pero Julio está concentrado mirando fotos de su galería. La pantalla de su móvil se llena con un retrato de su nieta Valentina. El avión lo aleja de ella, lo devuelve

a Barcelona, a la ciudad donde ha construido su vida: un instituto en el barrio de Les Corts donde enseña enlaces químicos y reacciones de oxidación-reducción; un piso en la calle Nicaragua, el mercado, la panadería, las clases de filosofía en el centro cívico, la biblioteca y la jubilación a la vuelta de la esquina.

Sabe que al entrar en casa las luces estarán apagadas y las persianas bajadas. Llegará al apartamento, pelará y freirá las patatas, batirá los huevos y cenará tortilla. La última semana ha hecho dos tortillas con más huevos y más patatas de lo habitual. La tortilla es su especialidad. «Estas patatas son malísimas», le decía a su hija Nina. «Papá, son las que hay».

Ayer Nina volvió a sugerir que Julio se mudara a Roma para estar cerca de ellas. «Siempre has dicho que te gustaría vivir en Italia». Pero Julio no quiere ser una carga. Por la noche, tumbado en la cama, pensó en Adela, en las discusiones sobre la educación de Nina, en la decisión de tener un solo hijo y en el miedo a que fuera demasiado egoísta o demasiado introvertida. Desde que Adela no está, cada vez que toma una decisión que afecta a Nina, se siente ligeramente inseguro.

El motor hace vibrar el avión, la cabina se queda en silencio y Julio vuelve a preguntarse cuál es ahora su lugar.